

MIS PRIMEROS LENTES

DIAS PASADOS, una hija mía, escolar de cuarta preparatoria, me preguntó, cuaderno en mano:

—Papá, ¿qué quiere decir infame?

—¿Infame? Pues, innoble, vil o algo parecido.

—¿Estás seguro?

—¡Vaya! Estaría bueno que pusieras en duda mi sabiduría... Pásame el diccionario y te diré si estoy equivocado.

Me lo pasó, lo abrí y empecé a hojearlo buscando el "inf". Lo hallé y recorrí la orilla de la página, leyendo las negritas mayúsculas: Inexatamente, Inexorable, Infalible, Infamante, Infame.

—Aquí está.

Sí, ahí estaba. Pero cuando de las letras mayúsculas negras pasé a las redondas blancas, me encontré con que no veía ni jota.

—¿Qué dice aquí?

—¿Dónde, papá?

Aquí, después de "Infame".

—¿No lo ves tú?

Esta pregunta de mi hija me produjo desazón.

—Sí, espérate — le mentí.

Me restregué los ojos y volví a hundir — hundir es la expresión más exacta — la mirada en la página del diccionario. Otra vez ni jota. Sólo después de muchos esfuerzos, de acercar y alejar la página de recorrer una y otra vez la línea procurando identificar cada letra y cada palabra, pude leer: "que carece de honra".

No había mucha luz, es cierto, y la letra era chica, pero con esa misma luz y aun con otra más débil yo había leído, en otros tiempos, tipos tanto o más pequeños que el de ese diccionario. En otros tiempos... Cuando mi niña se fue, corriendo a escribir en su cuaderno de castellano lo que le había dictado, volví a abrir el diccionario y volví a mirar. ¡Horror! No veía nada. Cerré entonces el libro y me puse a pensar en lo que me sucedía. Era muy sencillo: mi vista disminuía su potencia, es decir, yo, hombre que vive leyendo y escribiendo, y para quien leer y escribir constituyen su trabajo y su alegría, empezaba a sentir cómo, ese trabajo y esa alegría, desgastaban la mejor pieza de su equipo de labor. Pero eso no era todo: la disminución de potencialidad de mi vista era también, sin duda alguna, un signo de envejecimiento, el primero que percibía. Eso era todo.

Varias reacciones se sucedieron en mi mente. Angustia primero, pena después, conformidad luego y, finalmente, alegría, alegría, sí, porque me di cuenta de que mi vista se había gastado en algo noble, en algo en que valía la pena haberla gastado. Ese signo de envejecimiento no era un castigo; era más bien, aunque parezca paradoja, un premio, el resultado de un esfuerzo tendiente a un fin espiritual, limpio, honesto. Me dije: "Has escrito siete libros e innumerables artículos; has leído infinitos y preciosos libros. No has ganado mucho dinero con ello y nadie puede venir a pedirte prestada una gran suma de dinero; pero tampoco nadie puede venir a decirte que has sido un sinvergüenza".

Escribo este artículo con mis primeros lentes puesto encima de la nariz, que los extraña y parece querer protestar. Veo manuscritamente y experimento la alegría de saber que durante mucho tiempo más podré leer a mi niña las definiciones del diccionario.

Manuel ROSAS

1939